

Lunes, 16 de febrero de 2009

La Jornada de Oriente - >Puebla - Cultura

OPINIÓN

Yishai Jusidman en el Museo Amparo

ANAMARÍA ASHWELL

Un amigo pintor me escribió que sentía alegría de estar ante un cuadro en estos momentos tan aciagos. Se refería a que la mirada del cuadro le permitía abstraerse de los acontecimientos mundanos, especialmente los más recientes escenarios de guerras que saturan la mirada con imágenes de nuestra grosera, violenta, intolerante habitación del planeta. El arte, lo decía Schopenhauer, nos permite acceder a la "conciencia mejor", una suerte de arrobamiento fuera del espacio, del tiempo y del yo. Aunque el arte (dijo también mi amigo recientemente cuando le animaron a exhibir y comentar su obra en un museo), en verdad, no sirve para nada. Es algo así como un "exceso del espíritu", quizás; o un estado de gracia que simplemente acontece, también dijo; porque el arte, en verdad, no dice nada o dice "no diciendo"; o más bien lo que dice –o nos dice– es intraducible.

Con esta conversación en mente, que entre mi amigo y yo dura ya casi veinte años, buscando también abstraerme de los ruidos ensordecedores de esta sociedad del espectáculo (como le llamaba Octavio Paz) me dirigí al museo Amparo porque se anunciaba allí una muestra de "pintura en obras" de Yishai Jusidman. Desde Cholula al Museo, en el centro de Puebla, el trayecto es muy deprimente. Han desaparecido los centenarios árboles, eucaliptos y fresnos, que bordeaban el trayecto desde mi casa al puente colonial que colinda a la antigua *Chollolan* con Puebla. Cuando uno arriba al centro el ojo solo registra el deterioro de la arquitectura patrimonial manoseado por prioridades comerciales y por sus insensibles autoridades; el aire se antoja del mismo grisáceo que el color de las fachadas de los edificios coloniales, antaño artísticos, por la contaminación de los automóviles; de tanta fealdad en los jardines públicos, de tanto pino panteonero sembrado o laurel podado, incluso los pájaros han cedido esos lugares que solo gusta hoy a los grafiteros. Este día, sin embargo, me han sorprendido cambios: en la avenida Reforma me impidieron el paso los botes de pinturas coloridos, los andamios, las manos con cepillos que se movían de arriba y abajo, en balcones y cornisas, restaurando, limpiando y retornándole dignidad a las fachadas de los edificios que de pronto hacían honor a su calificativo "colonial". El mundo es solo soportable, como decía, Nietzsche, convertido en fenómeno estético. La "pintura en obra" que exhibe Jusidman en el Amparo de pronto acontecía también, bajo el sol brillante del medio día, en las calles de Puebla.

"Pintores trabajando" abre la primera sala de exposición de las obras de Jusidman en el Museo Amparo. Son cinco retratos de cinco pintores pintando. Una alfombra recoge el óleo que sobra y cae al piso desde el pincel de Jusidman: es su huella. Jusidman es el artista que retrata a otro pintor que le mira como si él fuera lo que el retratado está pintando. Pero artista y artista retratado, en realidad, se pintan mutuamente. Viene a la mente las imágenes en espejos y Borges. Se trata de pinturas realizadas entre una mirada mutua. Quiero decir, cuadros entre dos miradas que, como arte de magia, hacen desaparecer al autor. En los cuadros se muestra solo lo que ambos –artistas y artistas retratados– ven uno en el otro. Arte de un prestidigitador sorprendentemente.

El prestidigitador vuelve a obrar su truco en la sala titulada Stills, obra de Jusidman fechada entre 2003–2006. Es un homenaje a Morandi. No hay suficientes homenajes a Morandi. Nada es suficiente homenaje a Morandi. Esta vez Jusidman deja su huella sobre la tela con manchas y salpicados (igual que en la alfombra de los pintores pintando) para que salga a su encuentro, entre tenues luces, los frascos y vasijas de Morandi. Morandi completa lo que Jusidman inicia mirando y salpicando.

Los retratos en la sala de payasos y en la interpretación de fotografías recogidas de una revista (*The Economist*, de la sección *The World This Week*), Jusidman nos muestra rostros y cuerpos, encuadres también, que son (unas por ser noticias gráficas mundiales, otras por ser tema tradicional de pintores) familiares. Pero los payasos tienen una "fiscalidad" inquietante Jusidman se concentra en sus miradas debido a que todo el lienzo son solo sus caras; los payasos asaltan "en la cara" al espectador y se siente uno sometido, aplastado, mudo, por tanta contundencia (hay una expresión en inglés: *in your face*, que se dice cuando algo es apabullante, obvio y sin réplica). Las fotografías noticiosas, por otro lado, reproducidas al óleo por Jusidman se ven ligeramente borrosas, ligeramente fuera de foco, entre claro oscuros desacostumbrados (G. Richter es un pintor que ha perfeccionado esta mirada). Las imágenes pierden así todo estatuto de veracidad, de noticia real, a pesar que se reconoce el origen de éstas, a los personajes retratados así como a los acontecimientos mundiales narrados: indocumentados cruzando el Río Bravo, por ejemplo, o unos heridos en un estadio.

En la sala que contiene la obra "Bajo Tratamiento" de 1997–1999 están algunos cuadros que fueron expuestos el Reina Sofía en Madrid España dentro de una muestra colectiva de artistas mexicanos en 2005. Al Amparo Jusidman trajo la serie completa: doce pinturas al óleo y temple sobre madera así como las fotografías de esos pacientes que él retrató en un psiquiátrico. Al lado de cada uno esta colocada la placa que da testimonio de un sujeto único e inclasificable aunque el diagnóstico médico psiquiátrico lo describa con sus absurdos tecnicismos: "B.T. paciente con psicosis esquizofreniforme orgánica de tipo melancólico..." por ejemplo, en referencia a una mujer que tiene en sus manos un libro abierto con una reproducción de un San Francisco de Asís en éxtasis de Ribera. Chagal y Barnett Newman,

Mondrian también, se muestran en las reproducciones del libro abierto que Jusidman puso en las manos de todos estos pacientes. Jusidman se concentra en sus miradas y es nuevamente una mirada que se dirige a él; igual que los pintores pintando, el mismo juego de espejos, todos "locos", incluyendo los pintores reproducidos en los libros, uno con pincel y el otro con la mirada, se pintan mutuamente sus retratos. Casi magia.

Pero el verdadero don de prestidigitar de Jusidman se muestra en los cuadros blancos, blanquísimos, de la Geishas. Ante éstos es imposible retirarse con la mirada; ni acercarse para verlos; porque ni viéndolas se alcanza a ver nada. Simultaneidad en el espacio, un quieto y diáfano instante como si el ojo pudiera ver a la velocidad de la luz y todo es simultáneo. Son cuadros infinitamente, inefablemente, hermosos.

La serie "Mutas-Mutandis" de 1999-2001 así como "Modelos" de 2003-2007 son, creo yo, ventanas a como Jusidman responde ante la pintura. Son obras derivadas, por decirlo así, del "quehacer" de la pintura. Algo así como muestras del trabajo artesanal, de obrero, que acontece pintando; o que acontece en su pintura: son los colores, las formas esenciales, los encuadres, la escritura, las narrativas que se involucran, son recursos o consecuencias, en su trabajo de pintor. En el contexto de la muestra estas obras funcionan como herramientas para acceder a su obra. Pero no se sostienen solas. Jusidman es joven (nació en 1963) y se esfuerza demasiado en "explicarse". Incluso habla demasiado sobre su obra: "entiendo mi obra como una especie de limpiador de inyectores...la eficacia pictórica..." dice en un manifiesto enteramente irrelevante. Como todo lo que se "dice" del arte.

Creo no equivocarme, sin embargo, cuando digo que su obra es grande, inmensa y atemporal. Arte que acontece desde un lugar innombrable. Como un Velásquez.

La Jornada de Oriente es una producción de **Sierra Nevada Comunicaciones S.A. de C.V.**
bajo licencia de **Demos, Desarrollo de Medios, S.A. de C.V.**

Todos los Derechos Reservados.